

---

# PERSPECTIVAS CULTURAL, CONDUCTISTA Y ECOLOGICA EN EL ESTUDIO DE LA ORGANIZACION SOCIAL\*

Otis Dudley Duncan y Leo F. Schnore

---

Aunque hay varias maneras de entender la dimensión y problemas de la sociología, muchos están de acuerdo en que el estudio de la sociedad como un sistema o pauta de organización constituye el problema central, no importa cuáles otras preocupaciones pueda haber. Como consecuencia, una zona más bien amorfa usualmente llamada «organización social» parece indicar la preocupación central de la sociología. Hay que admitir que los límites de esta zona o campo no están claramente delimitados, y que su aparato conceptual es notablemente ecléctico.

Tangenciales a este campo central, tres enfoques distintos para el estudio de la sociedad se han desarrollado dentro de la sociología norteamericana en las últimas pocas décadas —*el cultural, el conductista y el ecológico*—. Estos términos pueden recordar el esquema tripartito de Sorokin y Parsons: sociedad, cultura y personalidad<sup>1</sup>. Los propósitos de estos autores difieren del nuestro.

---

\* El texto es de 1959, número de Invierno de *American Sociological Review*.

<sup>1</sup> Pitirim SOROKIN, *Society, Culture and Personality* (New York: Harper & Bros., 1947); Talcott PARSONS, *The Social System* (Glencoe, Ill.: Free Press, 1951); Talcott PARSONS y Edward A. SHILS, *Toward a General Theory of Action* (Cambridge, Mas.: Harvard University Press, 1951). En algunos aspectos, la perspectiva identificada aquí se corresponde más estrechamente con las esbozadas por Harold W. PFAUTZ en su «Social Stratification and Sociology», *Transactions of the Second World Congress of Sociology* (London: International Sociological Association, 1954), II, 311-320.

---

Centrándose en la naturaleza de la sociedad como el *explanandum* de la teoría sociológica, nosotros intentamos dejar claro que los conceptos y presunciones al uso en la sociología actual se configuraron en gran medida a partir de tres modos diferentes de considerar a la sociedad. Sin embargo, no pretendemos aquí ningún intento de integrarlos en una teoría «sociocultural» o en una «teoría general de la acción»; las relaciones entre los tres no se adoptan aquí como la evidencia empírica de que son casos especiales de algún esquema magistral.

La «sociología cultural», cuyo «padre» pudiera ser identificado como Sumner, fue en los años veinte como un epíteto escogido siguiendo la popularización de los conceptos de cultura de Ogburn, Chapin y otros que se apoyaban reciamente en autoridades en antropología, tales como Kroeber, Lowie y Wissler. El impacto penetrante de la sociología cultural como una escuela de pensamiento se ha desvanecido, pero virtualmente todos los libros de texto de sociología general continúan concediendo un juego considerable a los conceptos derivados de la teoría de la cultura. La reciente obra magna de Znaniecki, *Ciencias culturales*, persuasivamente reelabora su posición de que los sistemas sociales son una subclase de los sistemas culturales y que los métodos de estudiar los sistemas sociales y culturales son genéricamente los mismos. No obstante, la obra de Znaniecki descansa reciamente en fuentes europeas sobre los conceptos de cultura y se sitúa aparte de las corrientes principales de la sociología cultural de los EE.UU.<sup>2</sup>. Una toma de posición espléndida, que tiene la mayor relevancia para los desarrollos dentro de la sociología norteamericana, se ofrece en la colección de artículos de Kroeber, *La naturaleza de la cultura*<sup>3</sup>.

La «ciencia de la conducta» es, desde luego, poco menos que una nueva etiqueta para lo que se ha conocido desde hace bastante tiempo con el nombre de «psicología social». La popularidad actual, e incluso predominio, de los estudios de «conducta» en la sociología refleja, en parte, el vigor recientemente desarrollado de los intereses sociométricos y por los grupos pequeños, la convergencia de ciertos conceptos sociopsicológicos, procedentes, respectivamente, de las tradiciones sociológicas y psicológicas, y el interés actual de los sociólogos por problemas de método tales como las escalas, el diseño experimental y el análisis de datos de sondeos de opinión. La versión contemporánea de la ciencia de la conducta parece encontrar un reducido espacio para la más vieja tradición de la «conducta colectiva». Esto es desafortunado, ya que esta última era explícitamente un enfoque para el estudio de la sociedad, como algo distinto del estudio de las actitudes, la personalidad, la socialización, y los procesos de interacción de que se ocupa acentuadamente la reciente psicología social. En la conducta colectiva de los agregados, relativamente inestructurada, es donde a veces somos capaces de observar la organización en una forma incipiente. De este modo, el estudio de los movimientos sociales puede proporcionarnos guías sobre la emergencia de formas organizativas anteriores a que se

<sup>2</sup> Florian ZNANIECKI, *Cultural Sciences* (Urbana: University of Illinois Press, 1952).

<sup>3</sup> A. L. KROEBER, *The Nature of Culture* (Chicago: University of Chicago Press, 1952).

conviertan en viables, es decir, anteriores a que posean un carácter unitario. Ello posiblemente se presume que tiene alguna importancia práctica cuando se reconoce que la mayoría de los orígenes de las sociedades se han perdido en el pasado. La aparición reciente de un tratado comprehensivo sobre la conducta colectiva y la aparente renovación del interés por el estudio de los movimientos sociales indica que esta tradición tiene más vitalidad de lo que pareció aparente durante algún tiempo<sup>4</sup>. Si éste se demostrara que es el caso, quizás sería bueno considerar a la conducta colectiva como una cuarta perspectiva principal.

La «Ecología humana» ha tenido una curiosa historia, al surgir en el contexto de una serie de estudios empíricos sobre la vida urbana contemporánea. Sus primeros exponentes difícilmente se puede decir que hayan comprendido sus posibilidades e implicaciones. De hecho, los portavoces directivos de la primera versión sociológica de la ecología negaron que estuviesen intentando construir una teoría<sup>5</sup>. En consecuencia, cuando los estudios urbanos perdieron su novedad, la ecología fue relegada a un papel teórico menor, en el mejor de los casos, y virtualmente vino a estar identificada con una preocupación más bien corta de miras con las distribuciones de áreas urbanas y la emergencia de técnicas aplicadas a su análisis. El tardío sumario de sus puntos de vista «clásicos» apareció en 1950 en la *Ecología humana* de Quinn<sup>6</sup>. Por coincidencia, el mismo año fue testigo de la aparición de la *Ecología humana* de Hawley, que desarrolló la ecología humana como «una teoría de la estructura de la comunidad»<sup>7</sup>. Este tratado presentó no sólo una explicación de la ecología humana como el estudio de la organización social, sino también un establecimiento de sus presunciones básicas, elaboradas en un cierto número de contribuciones conceptuales considerables y un grupo de hipótesis de investigación. A la luz del pensamiento subsiguiente, el hecho de que el volumen de Hawley tendió a quedarse corto en el nivel de comunidad de la organización tiene que ser visto como un expediente temporal, porque no hay nada en el esquema básico de la ecología que excluya su atención hacia formas de organización más incluyentes. Un excitante movimiento de interés en el punto de vista ecológico por parte de otras disciplinas aparte de la sociología parece, ciertamente, forzar a los ecólogos humanos que trabajan en la tradición sociológica hacia concepciones de su tarea más ambiciosas.

Ninguna de las tres perspectivas puede ser considerada como un especialismo exclusivamente sociológico. Ciertamente, cada una de ellas tiene ramificaciones que le llevan a una gama completa de problemas que se extienden

<sup>4</sup> Ralph H. TURNER y Lewis M. KILLIAM, *Collective Behavior* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall, Inc., 1957); Rudolf HABERLE, *Social Movements* (New York: Appleton-Century-Crofts, 1951); Herbert BLUMER, «Collective Behavior», en J. B. Gittler (ed.), *Review of Sociology: Analysis of a Decade* (New York: John Wiley & Sons, 1957).

<sup>5</sup> Revisión de Robert E. PARKER de *Social Ecology*, de Mills A. ALIBANS, en *Annals*, CCII (marzo 1939), 264-265.

<sup>6</sup> James A. QUINN, *Human Ecology* (New York: Prentice-Hall, Inc., 1950).

<sup>7</sup> Mos H. HAWLEY, *Human Ecology* (New York: Ronald Press Co., 1950).

bastante más allá del estudio de la sociedad, que es el foco de interés aquí. A menos que la sociología esté dispuesta a volver al enciclopedismo comtiano, difícilmente deseará reclamar la completud de la ciencia de la conducta, la teoría de la cultura y la ecología humana. Al debatir sus contribuciones al estudio de la sociedad, por tanto, se tiene que evitar la apariencia de evaluarlas como campos o disciplinas por derecho propio —o su «territorio-casa», por así decirlo—. Al mismo tiempo, el carácter de sus preocupaciones extrasociológicas manifiestamente dirige y limita su modo de acceder a los problemas centrales de la sociología. Esto se ve enseguida como sus problemas clave.

El enfoque cultural procede de la teoría antropológica clásica, que concibe a la cultura como una totalidad más o menos integrada, abarcando pautas culturales y subsistemas de los cuales la sociedad es uno de ellos, junto con el arte, la religión, el lenguaje, la tecnología y otros. El volumen de Kroeber *Configuraciones del crecimiento cultural*, por ejemplo, apenas hace referencia a la estructura social y difícilmente puede ser llamado una contribución al cambio social, excepto indirectamente<sup>8</sup>. La intención original de los sociólogos culturales fue sacar de la teoría de la cultura sus conceptos generales y las hipótesis principales, demostrando su aplicabilidad y utilidad para el estudio de la sociedad y del cambio social en particular. De este modo, la sociedad, como otras partes de la cultura, se describía como continuidad cultural («herencia social»), invención, difusión cultural, etc.

La contribución duradera de esta escuela, a medida que se apagó, no fue la extraña estática del «determinismo cultural» de algunos de sus epígonos, o la teoría que explica los sistemas sociales sobre la base de «instituciones» derivadas de «pautas de valor culturales», o todavía el esfuerzo abortado de construir una teoría «sociocultural» global. Fue más bien la interpretación del cambio social como un ajuste a la acumulación de la cultura, y particularmente de la tecnología. (Como se sugiere más abajo, la perspectiva ecológica es quizás un medio más acorde para este tipo de interpretación que la teoría de la cultura *per se*.) De ahí que la debilidad teórica del conductismo con respecto al cambio no sea característico de la mejor sociología cultural. Esta última posee un interés bien desarrollado —al menos en el nivel conceptual— por la innovación e invención, y en la difusión y toma en préstamo, todo ello concebido como procesos. En la práctica, excepto para los teóricos globalistas, los sociólogos culturales rara vez se ocupan ellos mismos con problemas tales de la teoría de la cultura como la estructura y evolución de los sistemas lingüísticos, los movimientos en los estilos del arte y la filosofía, o la difusión de temas de la cultura ceremonial. Pero la teoría de la cultura, en la medida en que sugiere un esfuerzo por tratar estos temas como aspectos de un todo integrado, distrae al estudioso cuyo cometido es tratar de la organización social.

El enfoque del *conductismo* (nos referiremos primariamente a la versión

---

<sup>8</sup> A. L. KROEBER, *Configurations of Culture Growth* (Berkeley: University of California Press, 1944).

social-psicológica más bien que a la de la «conducta colectiva») se ocupa centralmente en cómo el individuo participa en la vida social: cómo la persona se reconcilia con la necesidad de vivir con otros, cómo es socializada, cómo su conducta esté controlada o influida por esos otros, y cómo todos estos problemas están relacionados con la estructura de su personalidad y el contenido de sus actitudes, preocupaciones, orientaciones y ajustes personales. El punto de vista sociológico apropiado para este tipo de problemas considera a la sociedad como una pauta de relaciones interpersonales o como un terreno de interacción social. Sin embargo, aquí la «estructura» relevante es la que es percibida por el individuo, precisamente como el «medio ambiente» relevante es el medio ambiente social, que de nuevo es concebido sobre la base de percepciones individuales. Uno busca en esta literatura en vano algo más que una referencia superficial al hecho bruto de que los hombres viven en un medio ambiente físico y que emplean la tecnología material para adaptarse a él. Todavía más importante, la adaptación misma es concebida en términos individualistas en vez de como un proceso colectivo<sup>9</sup>.

Como consecuencia del foco central de los conductistas en el individuo, su motivación y sus «tensiones... a medida que se adapta a sí mismo al sistema social»<sup>10</sup>, encuentran poco necesarios los conceptos estructurales u organizativos, así como tampoco gustan de prestar atención a las hipótesis que reclaman una explicación del cambio social distinta de la de variables intervinientes tales como cambios de disposición o modificaciones de la estructura del carácter. Muchos conductistas tienen un punto de vista totalmente nominalista sobre las sociedades y los grupos; como resultado, son reduccionistas metodológicos y tienen una incapacidad rutinaria para ver la organización social como una realidad *sui generis* en términos funcionales y evolutivos. (Estos rasgos no se aplican tan forzosamente al estudioso de la conducta colectiva, que examina la organización social en el proceso de su emergencia a partir de interacciones relativamente inestructuradas. Pero este punto de vista, desde luego, tiene un sesgo interno que excluye ofrecer dar cuenta adecuada de la sociedad como algo que está en marcha o los factores subyacentes del cambio social.)

<sup>9</sup> El *Handbook of Social Psychology*, ed. de Carl Murchison (Worcester, Mas.: Clark University Press, 1935), contiene un largo capítulo sobre «The Physical Environment», del ecólogo V. E. Shelford. Pero en los dos volúmenes del *Handbook of Social Psychology*, ed. por Garner Lindzey (Cambridge, Mas.: Addison Wesley Publishing Co., 1954), sólo dos de entre 1.175 páginas se dedican explícitamente a los rasgos medioambientales físicos (véase Henry W. RIECKEN y George C. HOMANS, «Psychological Aspects of Social Structure», sección sobre «Social Structure and the Environment», *ibidem*, pp. 801-802). Clyde Kluckhohn niega la relevancia del medio ambiente físico respecto de las actividades humanas citando a Margaret T. Hodgen cuando dice que «lo históricamente importante respecto de los recursos naturales es la actitud del hombre hacia ellos» («Culture and Behavior», *ibidem*, p. 922).

<sup>10</sup> Fraseología atribuida a Wilbert E. Moore por Clyde V. Kiser en el sumario de una mesa redonda sobre «Exploration of Possibilities for New Studies of Factors Affecting Size of Family», *Milband Memorial Fund Quarterly*, XXXI (octubre 1953), 477. (Moore se singulariza por lo adecuado de su lengua, no necesariamente por su posición teórica.)

De hecho, la debilidad más obstructiva del enfoque conductista para los problemas de la organización se puede ver en el tratamiento del cambio. Resulta difícil ponerse a buscar la fuente de la dinámica social —las causas de las circunstancias objetivas del cambio percibidas por el individuo, a las que éste responde—. Así, el estrés opresivo sobre el «ajuste» del individuo para con las circunstancias externas alteradas y la falta casi total de atención hacia los mecanismos del cambio, doquiera que éstos puedan residir. Efectivamente, al adoptar una concepción patentemente estática de la cultura como «aquello que es socialmente transmitido entre generaciones», el enfoque conductista se ve forzado a un impás: eso puede «explicar» la estabilidad a lo largo del tiempo, pero resulta incapaz de dar cuenta del cambio de su propio marco de referencia sin recurrir a la «desviación» con respecto a las normas. Ello da con frecuencia como resultado un argumento tautológico, porque el cambio social se define como una nueva pauta de conducta individual, que se produce por «desviación» —una nueva pauta de conducta.

El punto de vista *ecológico* de la misma manera se desvía, a su vez, hacia estudios del medio ambiente en términos estrictamente geográficos o hacia ejercicios de demografía formal. Sin embargo, su punto de vista de la organización social como la adaptación colectiva de una población a su medio ambiente evita el reduccionismo de los conceptos conductistas y lo etéreo de los conceptos de «pauta-de-valor» de algunos teóricos de la cultura. En este sentido, la ecología se ocupa de la sociedad en términos algo más concretos que los de los otros enfoques. El concepto de «población» como un sistema con propiedades emergentes no se encuentra en las perspectivas conductista o cultural, ni en la versión de las funciones de la organización social a que conduce este concepto.

Juzgados por sus intereses investigativos y teoréticos —como se reflejan en publicaciones recientes—, la mayoría de los sociólogos hoy en día se inclinan a ser conductistas. Algunos tienen un conocimiento de la teoría de la cultura, y aceptan eclécticamente elementos del enfoque cultural; pocos tienen un conocimiento de la ecología humana que vaya más allá de los capítulos sobre ecología urbana en los libros de texto de los primeros cursos universitarios. Una breve exposición de esta perspectiva puede ser apropiada en este punto.

En los términos más generales, el marco de referencia de la ecología humana abarca cuatro conceptos esenciales: población, medio ambiente, tecnología y organización, que definen lo que puede ser llamado el «complejo ecológico»<sup>11</sup>. La organización se asume que es una propiedad de la población que ha evolucionado y se sostiene en el proceso de adaptación de la población a su medio ambiente, que puede comprender otras poblaciones. En la medida en

<sup>11</sup> Si se necesita un recurso pnototécnico, las letras iniciales de estos términos son P-O-E-T (véanse Otis Dudley DUNCAN, «Human Ecology and Populations Studies», en Phillip M. Hauser y Otis Dudley Duncan [eds.], *The Study of Population* [Chicago: University of Chicago Press, 1959], pp. 678-716, y Leo SCHNORE, «Social Morphology and Human Ecology», *American Journal of Sociology*, LXIII [mayo 1958], pp. 620-634).

que es a propósito para el estudio ecológico, la organización tiende a ser investigada como una ramificación de las actividades de subsistencia, ampliamente concebidas, que utiliza cualquier tecnología a disposición de la población o desarrollada por ella.

Mientras en su versión más cruda este marco de referencia sugiere que la organización ha de ser considerada como la «variable dependiente» —influida por las otras tres «variables independientes»—, desde un punto de vista más elaborado, la organización está considerada como recíprocamente relacionada con cada uno de los otros elementos del complejo ecológico. De hecho, para definir adecuadamente cualquiera de los elementos de este complejo se tiene que tener en cuenta su relación con la organización. La noción de un «ecosistema» puede ser utilizada como una designación heurística para el complejo ecológico, al objeto de poner en claro este aspecto de interrelación, que algunos autores han identificado como la premisa más fundamental del pensamiento ecológico. Que para otros esta noción es uno de los postulados de la misma sociología sólo sirve para subrayar el carácter sociológico de la ecología —tanto en su versión vegetal, animal o humana—. La concepción de Darwin de la «trama de la vida» se refiere, primero y principal, a un sistema de organización.

Aunque la ecología no hay que identificarla con el estudio de las distribuciones de áreas, y su objeto de ninguna manera se limita a las «disposiciones territoriales que asumen las actividades sociales»<sup>12</sup>, el estudio de las relaciones espaciales continúa jugando un papel clave en la ecología por diferentes razones. Primera, la territorialidad es un factor principal que otorga unidad a las poblaciones. Segunda, el espacio es simultáneamente un requisito para las actividades de cualquier unidad organizativa y un obstáculo que tiene que ser superado para establecer relaciones entre las unidades. Finalmente, el espacio —como el tiempo— proporciona un conjunto invariante y conveniente de puntos de referencia para la observación, y las regularidades y ritmos espacio-temporales proporcionan indicadores convenientes de las relaciones estructurales<sup>13</sup>.

Al comparar los tres enfoques alternativos, resulta instructivo plantear dos cuestiones estrechamente relacionadas: ¿cuáles son las partes-unidades que se manejan analíticamente?, ¿qué emerge como un «sistema» cuando estas partes-unidades están ordenadas?

En el caso del enfoque cultural, las unidades resultan ser los «rasgos culturales», tales como los elementos del lenguaje, los valores estéticos o los artefactos materiales, y están organizados en «complejos de rasgos» y, menos frecuentemente, en sistemas culturales y subculturales. Con respecto a la perspectiva conductista, el último foco central reside en una u otra variedad de conducta mental (por ejemplo, actitudes, aspiraciones y expectativas), y estos elementos

<sup>12</sup> Walter FIREY, *Land in Central Boston* (Cambridge, Mas.: Harvard University Press, 1947), p. 3.

<sup>13</sup> HAWLEY, *op. cit.*, y su sucinta explicación en «The Approach of Human Ecology to Urban Areal Research», *Scientific Monthly*, LXXIII (julio 1951), pp. 48-49.

están organizados en la mayoría de los casos como «sistemas de personalidad» o «tipos de caracteres». Sin embargo, desde el punto de vista ecológico, la unidad elemental de análisis —el «átomo», por así decirlo— es la «pauta de actividad» o, simplemente, la «actividad». El sistema contemplado es una organización de actividades, ordenadas en series que se solapan e interpenetran de constelaciones de actividades, o grupos.

Desde el punto de vista del individuo comprometido en ellos, la actividad o la parte de una actividad por los individuos se designa comúnmente como su «rol» o «papel». Este término pudiera ser bastante útil para el análisis ecológico<sup>14</sup> si no fuera por las connotaciones psicológicas que ha llegado a tener en la obra de autores como Linton, Parsons y Stouffer. El ecólogo está interesado en la pauta de actividad física observable misma en vez de en las expectativas individuales que los individuos puedan mantener de sus roles. El análisis ecológico no intenta explicar los sentimientos de obligación de los individuos, el estrés que sufran como consecuencia de realizar diferentes roles simultánea o secuencialmente, o los síndromes de sus motivaciones cuando se comprometen en diversos tipos de actividades. Al nivel del sentido común, la aproximación más cercana a la concepción ecológica de la «actividad» es la noción que implica el término «ocupación», aunque nuestro interés incluye actividades que ordinariamente no reciben compensación monetaria (por ejemplo, las que se encuentran dentro del complejo del hogar). «Funcionario» es un término menos frecuentemente utilizado que comporta una connotación similar, y —dentro de la ecología general— el concepto de «nicho» designa prácticamente lo mismo<sup>15</sup>.

Aunque la noción de obligación subjetiva subrayada en la teoría de los roles sea irrelevante a nuestros fines, existe una recia insistencia en la reciprocidad en el concepto ecológico de actividad, porque la actividad no se concibe en términos individualistas o *in vacuo*. No puede ser concebida aparte de otras actividades. La lógica de la teoría ecológica obliga al analista a considerar actividades distintivas —su número y clases— *como propiedades del agregado o la población*. De este modo, un agregado puede ser etiquetado como relativamente «indiferenciado», si se encuentra comprometido en actividades poco distintivas. No obstante, efectivamente, esa porción de la noción ecológica de las actividades que apunta a su *interdependencia* es quizás el elemento crucial del concepto. Esta insistencia —se pudiera añadir— indica el carácter intrínsecamente sociológico del pensamiento ecológico, porque si la sociología puede ser

<sup>14</sup> Amos H. HAWLEY, en «Some Remarks on the Relation of Social Psychology and Human Ecology», artículo leído en la reunión de 1950 de la American Sociological Society, define el «rol» como «una actividad realizada rutinariamente que depende para su continuidad en la realización rutinaria de otras actividades». Tenemos una gran deuda con este artículo y otras obras publicadas y no publicadas.

<sup>15</sup> Odum escribe que «el hábitat es la “dirección” del organismo, y el nicho su “profesión”, hablando biológicamente» (Eugene P. ODUM, *Fundamentals of Ecology* [Philadelphia: W. B. Saunders Co., 1953], p. 15).



reconocida por una cualquiera intuición importante, ella es el reconocimiento de la ineludible interdependencia de las actividades humanas.

Esa concepción hace surgir inmediatamente toda una gama de problemas esencialmente *taxonómicos*. Más abstractamente, ¿cuáles son las formas genéricas de las constelaciones o grupos de actividades? Desgraciadamente, este trabajo taxonómico básico ha sido cuidadosamente evitado por sociólogos en general y por ecólogos en particular. Los ecólogos mismos están actualmente obligados, por ejemplo, a trabajar con tipos polares puros de comunidades y sociedades. En muchos aspectos, una lectura de la literatura reciente sugiere que el trabajo taxonómico está siendo realizado en gran medida por antropólogos, economistas, geógrafos y politólogos, en vez de por sociólogos<sup>16</sup>.

Otra línea de indagación consiste en preguntar hasta qué punto los enfoques alternativos pudieran servir para informar sobre áreas principales de interés actual para los estudiosos de la organización social. Como ejemplo, podemos plantear esta cuestión respecto de tres temas de gran interés teórico y empírico: la burocracia, la estratificación y la urbanización. Aludiremos entonces a la cuestión del análisis funcional.

En el caso del enfoque cultural sobre estos tres temas, no parece haber ningunas contribuciones inmediatas a la vista, más allá de ciertas amplias generalidades sobre la aparición en sitios indígenas de «rasgos culturales» tales como lengua escrita, sistemas monetarios y técnicas racionales e instrumentos de medida del tiempo, espacio y peso con la emergencia de formas urbanas de organización. Si ofrece cualquier contribución especial para un entendimiento de la burocracia, ello escapa a la mayoría de los autores sobre el tema. Con respecto a la estratificación, la única contribución relevante es la noción de «subculturas» distintivas en diferentes estratos; sin embargo, este término simplemente proporciona otra etiqueta para los fenómenos que se están investigando.

Como para el enfoque conductista, en la medida en que se emplea en estas áreas de investigación, el principal foco central consiste en los efectos sobre el individuo de una posición en un puesto burocrático, de un sitio particular en un contexto burocrático, o de vivir en un área urbana. Cuando los conductistas estudian la burocracia, estudian el estrés en el individuo en un entorno burocrático y su acomodación allí, en vez de las funciones de los sistemas burocráticos como tales, o la matriz social y tecnológica dentro de la cual la burocracia evoluciona. En el análisis de la estratificación, los conductistas evitan los problemas de los determinantes de los sistemas de rangos. Más bien su preocupación principal se refiere a materias tales como los criterios utilizados

---

<sup>16</sup> Véase HAWLEY, *Human Ecology*, cap. XII: «Community Structure», para una discusión de tipos de constelación de actividades; el hogar, la unidad de producción y la comunidad misma son abordados con algún detalle. Sin embargo, se echa de menos un tratamiento formal de los sistemas de comunidades locales, regiones y sociedades, para lo cual véanse Routledge VINING, «A Description of Ceratin Spatial Aspects of an Economic System», *Economic Development and Cultural Change*, III (enero 1955), 147-195, y el comentario de M. HOOVER, «The Concept of a System of Cities», *ibidem*, 196-198.

por los individuos en sus evaluaciones de los otros, los procesos de socialización en los diferentes estratos, o el desarrollo de actitudes, valores y modos de pensar agrupados en estratos específicos. Respecto de la urbanización, los conductistas no han proseguido mucho más allá de las hipótesis elaboradas por Wirth en su ensayo «El urbanismo como un modo de vida», en el que éste sugería ciertas consecuencias para la vida individual en una comunidad de gran tamaño, densidad y heterogeneidad<sup>17</sup>. Hasta ahora, nadie ha propuesto seriamente un balance causal del surgimiento de las ciudades en el que los factores sociopsicológicos tomen la delantera, aunque se han hecho algunos esfuerzos recientes para tratar de este modo la «suburbanización» (zonas residenciales o urbanizaciones periféricas)<sup>18</sup>. En cada uno de estos problemas, pues, el foco se centra casi inevitablemente en las *consecuencias* para el individuo de las mismas formas que al estudioso le gustaría explicar.

Por contraste, la perspectiva *ecológica* aparentemente proporciona una gran promesa para los estudiosos de la organización, aunque, francamente, ello en el presente en gran medida es una cuestión de potencial más que de sólida realización en las áreas de la estratificación y la burocracia. Pero, desde luego, en el estudio de la urbanización, un caso bien documentado, se puede sostener que la ecología proporciona un modo apropiado de análisis causal; por esta razón no elaboraremos este punto. Sin embargo, los ecólogos mismos no están completamente satisfechos con el estado presente de su propia investigación sobre la urbanización. Se necesita mucho más trabajo, detallando las condiciones precisas tecnológicas, demográficas y medioambientales en las cuales se espera que aparezcan diversas formas urbanas de organización, y —una vez establecidas— se desarrollen según tasas precisas<sup>19</sup>. Pero la ausencia de datos comparativos de amplitud histórica y sobre una escala amplia mundial plantea un problema fundamental.

En las dos áreas restantes —la burocracia y la estratificación— la concepción ecológica de las «constelaciones de actividades» pudiera ser fructíferamente ampliada, en beneficio del análisis de la organización social y la ecología misma. Si uno no se desvía por un interés en ciertos mecanismos institucionales, tales como fondos para promoción y seguridad en el trabajo, los rasgos salientes de una burocracia son su gran tamaño, su alto grado de diferenciación y su estratificación interna —propiedades del agregado mismo, que sugieren

<sup>17</sup> Louis WIRTH, «Urbanism as a Way of Life», *American Journal of Sociology*, XLIV (julio 1938), 1-24.

<sup>18</sup> Fava y Bell, respectivamente, adolecen de una propensión por la «vecindad» y los «valores familísticos», en su discusión sobre el desarrollo de las zonas residenciales (urbanizaciones); ambos admiten eventualmente, sin embargo, que están intentando dar cuenta de la selectividad de la migración a las urbanizaciones (incluso, faltando controles) y que presumen de explicar el auge de las zonas residenciales mismas (véanse Sylvia Fleis FAVA, «Suburbanism as a Way of Life», *American Sociological Review*, XXI [febrero 1956], 34-37, y Wendell BELL, «Familism and Suburbanization: One Test of the Social Choice Hypothesis», *Rural Sociology*, XXI [septiembre-diciembre 1956], 276-283).

<sup>19</sup> DUNCAN, *op. cit.*

que la burocracia, como modo de organización, comparte ciertos rasgos clave con la comunidad urbana y la sociedad urbana en la que típicamente aparece—. Además, estas características formales comunes sugieren que la causación puede ser similar y que el estudio de una burocracia sobre la base del complejo ecológico puede ser algo más que un ejercicio ocioso. A la vista de ello, el impacto de los desarrollos tecnológicos parecería autorizar estudios posteriores. Resulta un lugar común hablar de la emergencia histórica de la factoría —un sistema grande, diferenciado, jerárquicamente organizado— como una respuesta organizativa al desarrollo de la máquina de vapor y otras innovaciones tecnológicas. El estudio longitudinal del crecimiento de las empresas de negocios o departamentos gubernamentales pudiera también establecer si (o no) los números ascendientes y la expansión espacial de funciones tiende a ejercer una presión en la dirección de aumentar la «burocratización»<sup>20</sup>. El intento reciente de Boulding de explicar el surgimiento del tipo de unidad social a gran escala que contribuye por sí mismo a la organización burocrática hace referencia explícita a lo que el autor considera como marco de referencia «ecológico»<sup>21</sup>. Si su argumento hubiera aprovechado en sí mismo más explícitamente las concepciones ecológicas de los sociólogos, pudiera haber proporcionado incluso más convincente evidencia empírica de su relevancia. También se puede hacer referencia al estudio que demuestra la relevancia mutua de los estudios sobre la organización burocrática y la dominancia metropolitana<sup>22</sup>.

En el área de la estratificación, desde luego, la «dimensión prestigio», en sentido subjetivo en el que se entiende generalmente, se encuentra más allá del alcance inmediato de la ecología. La contribución primaria consistiría en ayudar a los estudiosos de la organización al abordar el problema del poder. No obstante, precisamente este aspecto de la estratificación es ampliamente considerado como el más desatendido por el pensamiento sociológico norteamericano<sup>23</sup>. De momento, la contribución del ecólogo al análisis del poder puede reducirse al contexto de la comunidad local. Hawley ha sugerido que la «dominancia» en la comunidad local enlaza a aquellas unidades funcionales que controlan el flujo de la subsistencia en ella<sup>24</sup>. El análisis comparativo requeriría probar esta hipótesis adecuadamente; sin embargo, la observación informal le lleva a uno a concluir que las ciudades de diferente tamaño y tipo funcional sí que abarcan significativamente áreas diferentes para la lucha entre grupos de poder contendientes. Las separaciones de «ciudad-y-toga» (*town-and-gown*) en

<sup>20</sup> Frederic W. TERRIEN y Donald L. MILLS, «The Effect of Changing Size upon the Internal Structure of Organizations», *American Sociological Review*, XX (febrero 1955), 11-13.

<sup>21</sup> Kenneth E. BOULDING, *The Organizational Revolution* (New York: Harper & Bros., 1953).

<sup>22</sup> Donnell M. PAPPENFORT, «The Ecological Field and the Metropolitan Community: Manufacturing and Management», *American Journal of Sociology*, LXIV (enero 1959), 380-385.

<sup>23</sup> Seymour M. LIPSET y Reinhard BENDIX, «Social Status and Social Structure: A Re-examination of Data and Interpretation», I y II, *British Journal of Sociology*, II (junio y septiembre 1951), 150-168 y 230-254.

<sup>24</sup> HAWLEY, *op. cit.*, pp. 229-230.

las ciudades universitarias pequeñas presentan situaciones algo diferentes de aquellas en la tradicional «ciudad de compañía» (*company town*), y ambas difieren significativamente de las complejidades de las metrópolis, donde la dominancia es difusa.

Ciertamente, existen sorprendentes similitudes formales entre el mismo concepto de «poder» y el de «dominancia», que, en ecología general, se trata como una subcategoría de la relación simbiótica entre funciones disimilares y se le da ordinariamente un referente de especie. Ambos conceptos apuntan a la habilidad de un agrupamiento de actividades o nichos para establecer las condiciones bajo las cuales otros tienen que funcionar. Una línea prometedora de indagación consiste en la elaboración de los conceptos ecológicos relacionados de «subdominante» e «influyente». Estos son también conceptos de posición que se refieren a un sistema de relaciones interdependientes entre actividades. Consideraciones sobre sus análogos formales en el estudio de la estratificación en la comunidad humana pudieran eliminar la conceptualización demasiado frecuente del poder como una calle de una sola dirección (*one-way street*). En conexión con esto, un problema que tiene que ser explorado ahora adecuadamente consiste en la relación entre diferenciación ocupacional y estratificación: las ocupaciones disfrutan de posiciones centrales en teorías de la estratificación que son, por otra parte, estrictamente diferentes.

Abordando el problema de otro modo, los estratos pueden ser considerados como ensamblajes de unidades de hogares familiares, aunque las condiciones precisas en que éstas probablemente actúan en concierto todavía no han sido especificadas. De otra guisa, éste es el problema de si los estratos son «realmente» grupos o simplemente categorías estadísticas<sup>25</sup>. Una respuesta inequívoca es, desde luego, imposible; más bien parece que en ciertas circunstancias los hogares sí actúan juntos hasta tal punto que pueden ser literalmente considerados como grupos. Las «castas» son uno de estos casos, aunque probablemente se ha prestado demasiada atención a mecanismos institucionales tales como la endogamia de casta y la herencia ocupacional. Un problema algo relacionado —aunque exige un análisis fuera de los confines de la comunidad local— es el de las circunstancias en que aparecen coaliciones ocupacionales. La respuesta convencional es que emergen como respuesta a una amenaza externa. Sin embargo, sistemáticamente desatendida es la simple cuestión de la accesibilidad espacio-temporal. La dificultad del sindicalismo obrero en industrias ampliamente dispersas o sometidas a estacionalidad, resulta instructiva.

Un enfoque reciente sobre la estratificación que ha alcanzado cierta prominencia es el del concepto de «cristalización de clases»<sup>26</sup>. Aunque la forma de los

<sup>25</sup> Gerhard LENSKI, «American Social Classes: Statistical Strata or Social Groups?», *American Journal of Sociology*, LVIII (septiembre 1952), 139-144.

<sup>26</sup> HAWLEY, *Human Ecology*, p. 231; Ronald FREEDMAN, Amos H. HAWLEY, Werner S. LANDEKER, Gerhard LENSKI y Horace M. MINER, *Principles of Sociology* (edición revisada; Henry Holt & Co., 1956), caps. VII y VIII; Gerhard LENSKI, «Status Crystalization: A Non-vertical Dimension of Social Status», *American Sociological Review*, XIX (agosto 1954), 405-413, y su

datos con que la mayoría de los investigadores de este fenómeno han trabajado (los resultados de encuestas por muestreo) han tendido a distorsionarlos en la dirección de analizar la extensión en que los rangos de los roles de los individuos pueden ser alineados, los autores parecen apreciar completamente la posibilidad de caracterizar los agregados enteros —comunidades e incluso sociedades— como más o menos cristalizados. Precisamente a medida que un agregado puede ser más o menos diferenciado por el número de sus actividades distintas, parece posible que los grados de estratificación pueden ser puestos de manifiesto por la extensión de su cristalización. Desde luego, el enfoque usual consiste en concebir las sociedades como si poseyeran grados variantes de permeabilidad entre los estratos, con sociedades «abiertas» y «cerradas» como tipos polares; la movilidad individual se utiliza como índice. Sin embargo, este método requiere datos «dinámicos»: por ejemplo, movilidad de la carrera u ocupación del padre —medidas que inevitablemente implican problemas metodológicos enojosos, comprendiendo controles por edad y estimaciones de movilidad estructuralmente inducida—. Por contraste, la cristalización puede ser utilizada con datos que se refieren a sólo un momento en el tiempo; ello no impide su utilización en análisis longitudinales. Contando con datos comparables de forma apropiada, una serie de observaciones «instantáneas» proporcionarían un «retrato en movimiento» que pudiera incidentalmente aclarar la controversia actual sobre si los Estados Unidos están tendiendo hacia una sociedad «cerrada».

Pero el punto es que el concepto de cristalización le permite a uno definir operativamente la estratificación como una propiedad variable del agregado, sin posteriores referencias al individuo. Para el análisis ecológico esto puede estar relacionado, pues, con otras propiedades del agregado —por ejemplo, su tamaño, su tasa de crecimiento, su grado de urbanización y su equipamiento tecnológico<sup>27</sup>—. Sin embargo, pronto se hace evidente que existirán inevitablemente dificultades en el análisis de la estratificación faltando una taxonomía de las sociedades bien definida<sup>28</sup>. Además, una tipología coherente de comunidades sería también enormemente valiosa, especialmente a la vista de la estrategia usual de investigación de realizar estudios de casos de comunidades sin-

---

«Social Participation and Status Crystalization», *American Sociological Review*, XXI (agosto 1956), 458-464; Ralph SPIELMAN, «A Study of Stratification in the United States» (tesis doctoral no publicada, University of Michigan, 1953).

<sup>27</sup> Para una interesante utilización del censo y otros datos masivos en un marco de «cristalización», véase Leonard BLUMBERG, «The Relationship among Rank Systems in American Society», en FREEDMAN y otros, *op. cit.*, pp. 540-544. En ambos, desde luego, los enfoques de la movilidad y la cristalización los puros números de estratos reconocidos por el observador afectarán, a su juicio, sobre los grados «apertura» o «cristalización» que se obtengan.

<sup>28</sup> PFAUTZ (*op. cit.*) formula una observación similar con respecto a la movilidad. Para una provocativa discusión de la estratificación en el contexto de los tipos de comunidad y sociedad, véase Gideon SJOBERG, «Folk and "Feudal" Societies», *American Journal of Sociology*, LVIII (noviembre 1952), 231-239, y su discusión relativa a la «Preindustrial City», *American Journal of Sociology*, LX (marzo 1955), 438-445.

gulares. Además, la ciudad sólo industrial revela un grado diferente de cristalización de clases que el de una metrópoli<sup>29</sup>. En este punto el ecólogo puede ser de alguna utilidad, porque al menos tiene una clasificación de comunidades según sus funciones principales.

El ecólogo humano se encuentra, desde luego, en una posición única en virtud de sus capacidades y preocupaciones para contribuir al conocimiento de los aspectos claramente demográficos y territoriales de la estratificación<sup>30</sup>. Pero el «test» de la teoría ecológica consiste en su habilidad para clarificar problemas y sugerir hipótesis. Un problema muy debatido en la última década es el de la relación entre pautas de estratificación en la comunidad local y las de la sociedad de masas<sup>31</sup> o las razones para la variación en las pautas de la estratificación<sup>32</sup>. Es difícil hacerse cargo de cómo un enfoque conductista puede explicar esa variación, mientras el punto de vista cultural ha contribuido poco más que a la sugerencia virtualmente tautológica de que la diferencia entre comunidades y sus desviaciones de la pauta nacional puede ser considerada como «perfiles sustitutos de orientación cultural»<sup>33</sup>. Pero si la estratificación social se concibe como relacionada con otros aspectos de la organización, el ecólogo está en condiciones de indicar las razones tanto de similitudes como de diferencias en unas pautas de estratificación de una comunidad. Por una parte, las comunidades modernas se encuentran altamente interrelacionadas a través de las funciones, como se pone de manifiesto por el volumen de la economía intercomunitaria y los flujos migratorios; aquéllas comparten una tecnología común en su mayor parte; y las comunidades de tamaño comparable tienen estructuras de servicios locales más bien similares y realizan repertorios de servicios más bien similares para las tareas externas. Por otra parte, cada comunidad mantiene una posición más o menos especializada en el complejo de relaciones intercomunitarias, reflejado en las variaciones de la estructura ocupacional y niveles de vida. Además, dadas tasas desiguales de cambio en los diversos factores de la economía, las comunidades con bases económicas diferentes se espera que evidencien tasas diferentes de crecimiento y, de ahí, oportunidades diferenciales para la movilidad social. Finalmente, el ecólogo ha acumulado una considerable cantidad de información sobre la variación en la estructura social de acuerdo con el tamaño de la comunidad, que es altamente relevante para las diferencias en la pauta de estratificación. Dicho brevemente, parece una buena estrategia científica parafrasear el análisis de la variación estructural en términos

<sup>29</sup> LIPSET y BENDIX, *op. cit.*

<sup>30</sup> Otis Dudley DUNCAN y Beverly DUNCAN, «Residential Distribution and Occupational Stratification», *American Journal of Sociology*, LX (marzo 1955), 493-503.

<sup>31</sup> Paul K. HATT, «Stratification in the Mass Society», *American Sociological Review*, XV (abril 1950), 216-222.

<sup>32</sup> Otis Dudley DUNCAN y Jay W. ARTIS, «Some Problems of Stratification Research», *Rural Sociology*, XVI (marzo 1951), 17-29.

<sup>33</sup> Florian KLUCKHOHN, «Dominant and Substitute Profiles of Cultural Orientation: Their Significance for the Analysis of Social Stratification», *Social Forces*, XXVIII (mayo 1950), 376-393.

estructurales, en cualquier tasa hasta el momento en que se ponga de manifiesto que el único recurso sea otro nivel o tipo de abstracción<sup>34</sup>.

Creemos que la aceptación de un enfoque ecológico debería ir bastante más lejos clarificando temas contemporáneos en la teoría de la organización referentes al «funcionalismo». Aunque el «análisis funcional» surge en el enfoque cultural sobre la sociedad, ha sido adoptado por los conductistas. En consecuencia, declaraciones recientes sobre los «requisitos funcionales de la sociedad» están confundidas por el intento de sus autores de proceder simultáneamente desde una perspectiva tanto individual como social. Lo que se llama «funciones» son, unas veces sí y otras no, aspectos de la motivación individual, y la necesidad de una clara distinción entre motivación y función no ha sido todavía claramente reconocida<sup>35</sup>. Una declaración coherente de los principios funcionalistas, según se aplican al estudio de la sociedad, se seguirá del reconocimiento de que las funciones deben ser atribuidas a las unidades de la organización social —constelaciones de actividades— y no a los individuos como personas, o a los valores, símbolos y otros objetos culturales.

La estructura ecológica se concibe como una organización de funciones —actividades que son dependientes de otras actividades—. Los ecólogos han sorteado generalmente la cuestión de las «contribuciones al mantenimiento del sistema», aunque este problema, lógicamente, no se sitúa fuera de su competencia. Sin embargo, han evitado deliberadamente el callejón sin salida de explorar las «funciones *versus* las disfunciones», reconociendo que lo que es funcional para una parte del sistema total es con frecuencia disfuncional para otra. (Incidentalmente, este hecho parece ser la fuente de muchos conflictos de poder.) Además, el ecólogo no utiliza la distinción entre funciones manifiestas y latentes, dado que ella se apoya en el conocimiento y juicio de los individuos, y los puntos de vista personales de los individuos son, como tales, de ningún interés ecológico. Entre paréntesis, pudiera destacarse que el ecólogo —por todas sus faltas de capacidad en las materias psicosociológicas— ha llegado a reconocer que lo que es obvio, intencionado y anticipado por una persona puede ser desconocido, inanticipado y no intentado por otra. Quizás, su perspicacia se ha fortificado mediante la lucha con lo que ahora parece ser una distinción irrelevante entre procesos «naturales» y «planificados». En cualquier caso, resulta claro para el ecólogo contemporáneo, aunque no lo fue para el clásico, que el objeto de la ecología humana no puede ser definido residualmente sobre la base de una inmanejable distinción psicológica.

Es significativo que mientras los teóricos de la cultura y los conductistas han estado proponiendo versiones hipotéticas confusas del funcionalismo, los ecólogos han estado ocupados en realizar estudios instructivos de las funciones de las comunidades y funciones que correlacionan con aspectos de la organiza-

<sup>34</sup> DUNCAN y ARTIS, *op. cit.*, pp. 28-29.

<sup>35</sup> Véase David ABERLE y otros, «The Functional Pre-requisites of a Society», *Ethics*, LX (enero 1950), 100-111.

ción, localización y estructura demográfica. Esto sugiere que la capacidad para manipular ideas sobre las funciones, efectivamente, en la investigación se desarrolla más bien fácilmente cuando se adopta una perspectiva ecológica.

El enfoque ecológico, en comparación con las otras dos alternativas, sigue reteniendo la promesa especial de enriquecer el caudal de conocimiento sistemático sobre el cambio social, aquí concebido como la transformación de pautas de organización social que tienen lugar en el tiempo, en vez de —digamos— como cambios en los sistemas de valores o estructura modal del carácter. Contribuciones recientes muestran una amplia gama de hipótesis ecológicas que iluminan pautas amplias de evolución social, ocupadas en explicar tendencias sociales contemporáneas, y que proporcionan una matriz sociológica para estudios de «desarrollo económico». Por contraste, los esfuerzos de los conductistas hoy en día contribuyen poco a nuestro entendimiento de dónde viene la sociedad moderna o adónde va, y las potencialidades limitadas para proporcionar un balance comprensivo del cambio social dentro del marco de referencia de la «conducta colectiva» siguen estando en gran medida latentes, como admite una afirmación reciente<sup>36</sup>. La teoría de la cultura, también, excepto en la medida en que incorpora implícita o explícitamente un punto de vista ecológico, falla en entrar en liza sobre muchos aspectos salientes del cambio social, particularmente en la medida en que permanece preocupada con teorías globales de la evolución cultural o la dinámica sociocultural<sup>37</sup>.

La teoría de Ogburn sobre el cambio social continúa siendo la más influyente en la sociología norteamericana<sup>38</sup>. Aunque se desarrolla dentro de la tradición de la sociología cultural, actualmente ha asumido una importancia bastante diferente. La teoría de Ogburn falla en dos partes principales: la teoría de la acumulación cultural, expuesta con referencia primaria a la tecnología, y la hipótesis de que gran parte del cambio social significa un ajuste al cambio tecnológico. En la primera parte, la teoría depende de conceptos tales como innovación, base cultural, acumulación cultural y, muy incidentalmente, en la difusión cultural. La innovación es considerada como fundamental y vista, en este orden, como una función de la «demanda», la base cultural y la capacidad mental. Esta última se considera que es esencialmente constante, mientras que se subraya la incapacidad de la demanda para estimular la innovación faltando una adecuada base cultural.

La teoría de la invención, de Ogburn, pudiera ser mejorada sin duda moldeándola en términos ecológicos, esto es, examinando la innovación tecnológica como una respuesta a variaciones tecnológicas, demográficas y organizativas

<sup>36</sup> TURNER y KILLIAM, *op. cit.*, cap. XXII, pp. 515-529.

<sup>37</sup> SOROKIN, *op. cit.* Un punto de vista «culturoológico» que ha tenido menos influencia en sociología es el de Leslie A. WHITE (véase su *The Science of Culture* [New York: Farrar & Strauss, 1949]).

<sup>38</sup> William F. OGBURN, *Social Change* (New York: B. W. Huebsch, 1922; Viking Press, 1950).



en el espacio y el tiempo. La «demanda», por ejemplo, puede ser considerada como más bien sensible al cambio de población. Además, mientras la distribución de la capacidad mental puede ser considerada como una constante, el número absoluto de personas de capacidad superior está, desde luego, directamente relacionado con el tamaño de la población. También, la capacidad como tal no produce ninguna invención, sino que lo hace la capacidad organizada, porque la organización más y más elaborada del esfuerzo inventivo es una tendencia prácticamente igual en importancia para la acumulación tecnológica misma. Los estudios de tales organizaciones revelarían el papel de los recursos movilizados para hacer posible la invención; ninguna cantidad de progreso en ciencia pura, realizada a través del ejercicio de la capacidad mental, habría producido la bomba atómica sin una tremenda movilización de recursos y personas. Finalmente, el carácter del problema del ajuste colectivo a que se enfrenta una población más que la «demanda» —en el sentido algo anémico del economista— puede ser que lo que proporciona dirección a la invención. De este modo, el mismo medio ambiente tiene que ser tenido en cuenta desde el punto de vista de las limitaciones y posibilidades: las artes de la navegación no se perfeccionan por gentes de tierra adentro; y los sistemas de riego que se desarrollaron donde existen monzones difieren de aquellos inventados en las regiones áridas.

La segunda parte de la teoría de Ogburn —el ajuste social al cambio tecnológico— exige poco reacomodo para encajarlo en un marco de referencia ecológico. De hecho, la evidencia empírica voluminosa que se ha acumulado en nombre de esta hipótesis general es uno de los principales reclamos de la tecnología para su estatus de elemento primario en el complejo ecológico, junto con la población, el medio ambiente y la organización. Sin embargo, aquí de nuevo el análisis de Ogburn de las implicaciones de la tecnología para la organización parece requerir exploraciones suplementarias de las situaciones demográficas y los contextos medioambientales en que la tecnología modifica a la organización<sup>39</sup>.

La más reciente teoría del cambio social que atrae amplia atención es la que expone abiertamente un punto de vista ecológico: la «ecología cultural» de Steward y su historia de la «evolución multilineal»<sup>40</sup>. La posición de Steward difiere en un cierto número de detalles de la perspectiva ecológica según ésta se ha desarrollado dentro de la sociología. Sin embargo, la diferencia clave reside

<sup>39</sup> Al menos tres de los ensayos de Ogburn tratan explícitamente de la población como variable, aunque de modos diferentes. En su «Inventions, Population and History», en Percy Long (ed.), *Studies in the History of Culture* (Menasha, Wis.: George Banta Publishing Co. [para el American Council of Learned Societies, 1942]), pp. 232-245, el tamaño de la población está explícitamente tratado como la variable dependiente. Una discusión más general se contiene en su ensayo «On the Social Aspects of Population Changes», *British Journal of Sociology*, IV (marzo 1935), pp. 25-30. Finalmente, «Population, Private Ownership, Technology, and the Standard of Living», *American Journal of Sociology*, LVI (enero 1951), 314-319, contiene una formulación casi idéntica al de «complejo ecológico» discutido más arriba.

<sup>40</sup> Julian STEWARD, *Theory of Culture Change* (Urbana: University of Illinois Press, 1955).

en su elección de la «cultura», en el amplio sentido usual, como su variable dependiente. No obstante, esto no quiere decir que falle en ofrecer una gran cantidad de cosas al estudioso de la organización social, porque los órdenes organizativos comprenden parte de la totalidad de la cultura que se propone explicar. Así, en el decurso de su análisis de la cultura de los shoshones de la Gran Depresión, Steward incluye un balance bastante lúcido de las formas de comunidad y organización de la familia, y cómo éstas evolucionan en respuesta a las fuerzas tecnológicas, demográficas y del medio ambiente. Dicho brevemente, una gran cantidad de un trabajo empírico utiliza el «complejo ecológico» descrito antes. Además, Steward no se siente compelido a invocar los «valores» subjetivos o cualquier otro atributo de los individuos al detallar su explicación causal.

Steward, aparentemente, sí considera su versión ecológica como significativamente diferente de la variedad sociológica, como pone de manifiesto su elección de la rúbrica «ecología cultural». A partir de sus breves notas sobre la diferencia entre su punto de vista y el de los ecólogos humanos, se infiere que él es especialmente crítico de los ecólogos humanos como Hawley por otorgar demasiado poco reconocimiento al medio ambiente físico como factor causal. Su diferencia de énfasis es muy probablemente el resultado de su interés más alto, como antropólogo, en sociedades más pequeñas y tecnológicamente menos avanzadas, donde las adaptaciones al medio ambiente físico son más directas e inmediatamente evidentes. En su discusión de otras sociedades más grandes y más complejas (por ejemplo, Puerto Rico), el medio ambiente físico recibe notablemente menos peso. Steward acusa a los ecólogos humanos de buscar relaciones «universales» y, por eso, tender a desarrollar hipótesis que se parecen a las de los evolucionistas unilineales del final del siglo XIX<sup>41</sup>.

Tiene que estar suficientemente claro ya que el punto de vista ecológico —entre estas tres perspectivas— se enfoca hacia la organización como una propiedad del agregado o población. Evitando una formulación de su problema en términos del individuo o la cultura, el ecólogo adopta como su marco de referencia el agregado, y deliberadamente se encamina a dar cuenta de las formas que asume la organización social en respuesta a presiones variantes de índole demográfica, tecnológica y medioambiental. De este modo, el ecólogo parece estar contribuyendo al mantenimiento de un interés sociológico tradicional al explicar formas de organización y cambios de esa manera. Si no fuera por la reciente ascendencia del enfoque conductista, uno estaría tentado a decir que estos dos problemas —estructura y cambio— plantean los dos problemas clave para la sociología. Sin embargo, el enfoque conductista ha tornado el foco de la atención sociológica hacia el marco de referencia individual.

Nuestra intención aquí no es comprometerse en un argumento inútil sobre la «realidad última» de o bien el agregado o bien el individuo. Es suficiente decir que ambos, y por eso, son irreales en el mismo grado. Como Cooley hizo

---

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 34.

notar, y muchos de sus supuestos seguidores deciden olvidar, el individuo y el grupo no son sino aspectos de la misma realidad<sup>42</sup>. Ni es nuestra intención establecer falsas divisiones donde no existen. Ninguna de estas perspectivas es independiente de las otras. Empíricamente, todas ellas examinan la misma cosa —la sociedad—, aunque diferentes aspectos de esa «cosa». Como marcos de referencia, cada uno tiene que tomar en préstamo ciertas presunciones de las generalizaciones empíricas de los otros u otras versiones «caseras» sustitutas. Fundamentando cualquier elaboración de la teoría ecológica, se encuentran, por ejemplo, ciertas mínimas presunciones sobre la plasticidad de la conducta del individuo, que le permite comprometerse en numerosas actividades. Del enfoque cultural, la ecología toma en préstamo presuposiciones sobre la continuidad cultural y la difusibilidad de la cultura, tanto como presunciones sobre el carácter acumulativo del cambio tecnológico. Las utilidades de semejantes premisas, sin embargo, improbablemente serán las mismas para el prestamista y el que toma en préstamo, en la medida en que ellas se combinan con otras presunciones y generalizaciones empíricas para producir hipótesis distintivas.

En consecuencia, el énfasis sobre lo debido por cada perspectiva a las otras no tiene que oscurecer lo auténticamente distintivo de sus conceptos y presunciones: los científicos conductistas estudian la sociedad como un sistema de interacción social y relaciones interpersonales, los teóricos de la cultura lo enfocan como una pauta cultural o sistema de valores, y la ecología humana examina la sociedad como la organización funcional de una población en un proceso para alcanzar y mantener una adaptación a su medio ambiente. Si nuestra experiencia es la común, estas perspectivas no son sólo diferentes; son tan diferentes que resulta difícil explicar y justificar una de ellas a los sociólogos adheridos a otra. La reacción usual es que las otras dos perspectivas están equivocadas, o son al menos incompletas, mientras la contraria es suficiente para virtualmente todos los fines de la investigación sociológica. Quede muy claro que nuestra intención no es aseverar la superioridad del enfoque ecológico *per se*, para todos los usos sociológicos, excepto quizás para la gama particular de los problemas de organización enfatizados aquí.

Nuestra intención, más bien, es sostener —con toda la fuerza que esté a nuestra disposición— que un punto de vista que trasciende el punto de vista del individuo como la unidad significativa última, y que reduce la atención a un aspecto limitado de la totalidad de la cultura, no está de un modo u otro sentenciado desde el comienzo, ni tiene que ser desechado de la mano como intrínsecamente incapaz de un alto grado de poder predictivo. Por el contrario, los resultados parciales disponibles en este punto nos llevan a la conclusión de que el enfoque del agregado —no esbozado en términos del individuo o el sistema de valores— contiene más promesas para explorar problemas que cualquier otra alternativa hasta ahora propuesta.

---

<sup>42</sup> Véase Charles Horton COOLEY, *Human Nature and the Social Order* (New York: Charles Scribner's Son, 1902; edic. revisada, Glencoe, Ill.: Free Press, 1956), especialmente el cap. I, «Society and the Individual».

Es verdad que el enfoque conductista, en particular, probablemente continuará iluminando la condición humana, ofreciendo intuiciones sobre la naturaleza de la vida en sociedad, pero todo eso no promete aportar mucho en el camino de la explicación de la organización social *per se*. Estos dos enfoques se puede esperar que hagan posteriores contribuciones, respectivamente, a las teorías de la personalidad y la cultura, pero sus preocupaciones actuales son tales que ofrecen pocas promesas relativamente para avanzar en el estudio de la sociedad misma. No es necesario decir que este punto de vista está sujeto a prueba empírica. Somos incapaces de esperar un milenio feliz, cuando «toda la evidencia empírica esté allí». La dinámica interna del sistema de la cultura llamada «ciencia social» parece demandar que la teoría y la investigación presionen hacia adelante en ausencia de una clausura lógica completa.

Una observación más puede ser pertinente para nuestro argumento de lo provechoso del enfoque ecológico. Mientras los conductistas han subrayado recientemente las ventajas de la cooperación interdisciplinar, los ecólogos durante mucho tiempo han estado comprometidos en actividades de este tipo. Una bibliografía comprehensiva de las obras que incorporan el enfoque ecológico mostraría títulos de economía, demografía, geografía y biología, junto con contribuciones de sociólogos (representando estos últimos una minoría). No sólo en las diversas disciplinas y el repertorio de la investigación ecológica, sino también respecto de muchos problemas específicos, las contribuciones de cada disciplina son difíciles de aislar<sup>43</sup>. Que el enfoque ecológico se acomoda tan bien a los intercambios provechosos entre las disciplinas se debe a su base reciamente empírica y a su punto de vista relativamente concreto de la sociedad, lo que no sólo proporciona investigación sociológica lejos de las abstracciones sin espacio y sin tiempo de la teoría de la cultura, sino que también protege del empiricismo sin propósito de detallar las variadas sutilezas de las relaciones interpersonales. La tendencia interdisciplinar de la ecología humana también se explica por el hecho de que uno no necesita llamarse ecólogo para hacer investigación ecológica o emplear conceptos esencialmente ecológicos. Así los geógrafos que se resisten cuando se les urge a ser considerados como ecología humana, pero, primero y último, no han sido capaces de proseguir la investigación geográfica sin hacer notables contribuciones al conocimiento ecológico<sup>44</sup>. Lo mismo se puede decir, desde luego, de aquellos sociólogos que (como Ogburn) son al menos medio-ecólogos, a pesar de sus etiquetas.

<sup>43</sup> Por ejemplo, los trabajos recientes sobre las funciones de las comunidades han sido realizados por economistas del suelo, economistas de localizaciones, geógrafos humanos y urbanos, científicos de la política y sociólogos (véanse las referencias citadas por Leo F. SCHNORE, «The Functions of Metropolitan Suburbs», *American Journal of Sociology*, LVII [marzo 1956], 453-458). Una contribución más temprana la encontramos en el sociólogo que era un «demógrafo territorial» antes de llegar a ser un conductista interesado en el yo-que-se-mira-en-el-espejo (véase Charles Horton COOLEY, «The Theory of Transportation», *Publications of the American Economic Association*, vol. IX [mayo 1894]; reimpressa en Robert Cooley Angell [ed.], *Sociological Theory and Social Research* [New York: Henry Holt & Co., 1930], pp. 17-118).

<sup>44</sup> Véase H. H. BARROW, «Geography as Human Ecology», *Annals of the Association of*

A todos los niveles, este artículo no es un mero prolegómeno a la ecología o una declaración de sospecha de que la perspectiva ecológica pudiera ser un camino valioso para mirar a la sociedad. Contribuciones de la más alta importancia se han hecho para un entendimiento de la naturaleza de la organización social y el cambio social por investigadores que han adoptado más o menos explícitamente un enfoque sociológico<sup>45</sup>. Las realizaciones y promesas de la ecología humana deben ser juzgadas sobre la base del calibre de esas contribuciones, y los juicios deben basarse en un análisis de las pautas de indagación, no sobre la base de eslóganes. Importa poco que un investigador rompa de alguna manera con la tradición antropológica, pero desee mantener su afiliación con ella, si otorga importancia a la rúbrica «ecología cultural» como algo distinto de la «ecología humana». Lo que importa es si se ha obtenido una conceptualización importante adoptando una perspectiva ecológica.

(Traducido por José JIMÉNEZ BLANCO.)

---

*American Geographers*, XIII (marzo 1933), 1-4. El punto de vista de Barrow no ha sido ampliamente aceptado por los geógrafos.

<sup>45</sup> Entre las más significativas contribuciones recientes se encuentran las siguientes: Francis R. ALLEN y otros, *Technology and Social Change* (New York: Appleton-Century-Crofts, 1957); Donald J. BOGUE, *The Structure of Metropolitan Community* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1949); BOULING, *op. cit.*; Fred COTTRELL, «Energy and Society», *The Relation between Energy, Social Change and Economic Development* (New York: McGraw-Hill Book Co., 1955); William F. OGBURN y Meyer NIMKOFF, *Technology and the Changing Family* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1955); Julian STEWARD y otros, *Irrigation Civilizations: A Comparative Study* (Washington, D.C.: Pan-American Union, 1955); William L. Thomas, Jr. (ed.), *Man's Role in Changing the face of the Earth* (Chicago: University of Chicago Press, 1956); y Erich W. ZIMMERMAN, *World Resources and Industries* (ed. revisada; New York: Harper & Bros., 1951). Solamente Bogue (demógrafo), Boulding (economista), Steward (antropólogo) y unos pocos de los que participan en el volumen de Thomas emplean explícitamente enfoques ecológicos, y éstos difieren.

---

---

# CRITICA DE LIBROS